

la galicia de VALLE-INCLAN

por JOSE MONLEON

Ninguno de nuestros grandes escritores ha sido peor entendido que Valle. Nadie se ha encontrado tan desasistido; sin valimiento entre las derechas —salvada su etapa de carlismo estético—, que acabaron considerándole un extravagante de lengua afilada, ni entre las izquierdas, que no entendieron su agonía aristocrática; sin la comprensión de los realistas, que lo tomaron por eco pedantesco del modernismo —no hay más que leer las terribles cosas que dice Baroja de Valle en sus Memorias— y sin la aceptación de los estetas, para quienes el esperpento fue **SIGUE**



Pazo de Rúa Nova. Elementos de la escenografía y el mundo de Romance de Lobos: La ermita, el crucero, el balcón al que se asomaban los hijos de don Juan Manuel... Y, a la derecha, el busto de don Ramón en lo alto de la Curotiña.



un pecado de facilidad literaria y un reniego de la serenidad y la armonía.

Ante tan desbarajustada literatura sobre Valle, pienso si no se tratará de un autor inasequible a sus contemporáneos. Si no será uno de esos personajes patéticos cuya grandeza y significación necesitan de cierta perspectiva histórica. Esperpéntico en su vida, en su obra, en su tertulia, quizá

te, valiéndose de esa oscura moral que permite dividir al hombre en compartimentos separados y por separado aceptables o recusables. El mismo esperpento, nacido de un choque entre el irracionalismo histórico español y la humanidad de Valle, será explicado poco menos que como una consecuencia de la mala salud del escritor. Una y otra vez nos hablarán de su exhibicionismo, de sus ganas de

Sin duda, cuando Valle escribió «Los escritores españoles nos parecemos a los gitanos en que a todos nos persigue la Guardia Civil», no se refería concretamente a la Benemérita.

la unidad de valle

Este trabajo parte de los siguientes supuestos:



Don Ramón, joven. Y plaza de Pontevedra. Tiempos en los que, según dice Fernández Almagro, el escritor tuvo que hacerse, con escándalo de la sociedad provinciana, una «cabeza de artista». Las barbas aún no eran de chivo.



bre sus palacios y los títulos nobiliarios de sus antepasados— por ir a Galicia para ver de cerca los lugares en que vivió el autor. He de confesar que muchas cosas me han resultado claras y nuevas, a partir de la conciencia del distinto valor de numerosas palabras y conceptos, según se haya vivido alrededor de la Puerta del Sol o en las casas ruinosas, enormes, con escudos heráldicos en las fachadas, cerca de la Ría de Arosa, junto a los bosques de pino y laurel, en la punta casi perdida de Pontevedra.

Valle pasó la parte fundamental de su vida alternando entre Madrid y los pueblos de la Ría vinculados a su infancia. No puede, pues, hablarse cronológicamente de una etapa gallega y una etapa madrileña. Sin embargo, si cabe otra consideración sin duda importante: la de un Valle especialmente alimentado por la atmósfera sensorial y social de «su» Galicia, y la de un Valle que, conservando sus viejas raíces, hace del «problema de España» la base de su obra.

En este primer trabajo quiero hablar de lo que he visto en Galicia. De la realidad crepuscular que envolvió auténticamente a Ramón del Valle Inclán, tan increíblemente lejana de las verdades cotidianas de la vida madrileña. Ante ella he sentido, incluso, un poco de vergüenza por los que se burlaban del aire y las palabras de Valle, como si todo en él fuese fantochía. Rúa Nova, Caramiñal, Puebla del Dean, Cambudos, Villanueva de Arosa... son las estaciones de un camino en el que está, no ya la geografía de Valle, su asombroso paisaje asomado a la Ría de Arosa, sino su agonía, su condición de gatopardo gallego. De este mundo no podía salir un escritor a la medida del público burgués español; de aquí salen emigrantes, que vuelven muchos años más tarde con los ahorros necesarios para construir la casita de su vejez y de su muerte. Este es un mundo marginado, con

Valle fue un hombre demasiado contorsionado para ser visto de cerca. Había que alejarse un poco de aquel voluntario chafarrinón, de aquel gesto siempre en pie de guerra, para ver el alcance del conjunto, la compensación y armonía última de su desfile de desplantes, sufrimientos e inconformismos.

Citaré dos casos concretos. Los de Melchor Fernández Almagro y Ramón Gómez de la Serna, los dos biógrafos casi oficiales, y siempre consultados, de don Ramón. Para el primero, Valle «es un hombre fabuloso, tan dado a la creación de sí propio y de su mundo, que llegó a reducir mentiras, imaginaciones y caprichos, a una superior unidad de vida y obra». Fernández Almagro hará suya, en definitiva, la tesis con que el dictador Primo de Rivera tuvo a don Ramón dos semanas en la Cárcel Modelo, de Madrid: «Eximio escritor y extravagante ciudadano».

Esta es exactamente la medida que le aplicará nuestra sociedad dominan-

hacerse notar, de su desclasamiento, sin adentrarse en la significación de tales actitudes. A los gritos de Valle los llamarán «cosas de don Ramón», y su constante evolución, su proceso de escritor, su camino hacia el esperpento, será, por lo general, silenciado, para proponernos las partes menos cortantes de su obra, las aventuras donjuanescas del marqués de Bradomín o los ecos rubendarinianos de las fuentes, los palacios y las frondas de Galicia.

Ramón Gómez de la Serna, el otro de sus biógrafos, el Ramón sin don de la literatura española, asistirá con terror a la cita de Valle y Francisco de Goya. En su biografía, tras muchas páginas de admiración al «maestro», romperá en lamentaciones: «Lo barroco iba a ser el consuelo del artista desplazado, sin estabilidad, loco ya de pobreza. ¡Santo delirio!».

¡Delirio! Otra palabra para cubrirse. Y pobre. Y manco. Y muerto de hambre. Y raro. Y mentiroso. Y gallito...

1. Existencia indiscutible de una distancia sustancial entre el Valle primero de «Sonata de Otoño» y el Valle último del «Ruedo Ibérico» y de los esperpentos.

2. Presencia de un proceso interrumpido, aunque precipitado por Valle en su última etapa. Desde sus primeras obras podemos rastrear la existencia de una serie de deformaciones esperpénticas, primero secundarias, luego cada vez más importantes.

3. En consecuencia, armonía y unidad de la obra valleinclanesca si la situamos sobre el plano inclinado de su permanente evolución. Valle habría comenzado cerca del «modernismo» para iniciar muy pronto, dentro del espíritu de la generación del 98, su proceso a la sociedad española de la Restauración.

galicia

He empezado —después de leer tantas veces que Valle fantaseaba so-

los bosques y los pazos metiéndose en el agua. Con los cementerios alrededor de la iglesia parroquial. Con fuentes y cruceros. En Puebla del Dean —unida a Caramiñal—, cada tercer domingo de septiembre, sale la procesión del Nazareno, con los ataúdes de los que ofrecieron desfilar vistiendo la mortaja si lograban salvar la vida en un trance difícil. No muy lejos del itinerario de la procesión está la Torre Bermúdez, el palacio de los antepasados de Valle, ahora medio en ruinas.

Ser de este rincón pontevedrés es ser un poco apátrida, en la medida que uno debe sentirse ligado a raíces viejas y oscuras, ajenas a la geografía política. Todo el quietismo valleinclanesco de la «Lámpara maravillosa» está materializado aquí. Como decía el escritor, lo temporal se inserta automáticamente en una sensación de eternidad. Valle empezó, pues, mirando el presente desde una perspectiva emocional de honda antigüedad. Ningún «ismo» en esta actitud. Ir a Madrid era como salir de casa para subirse a un escenario y gritar, actuar, mostrarse, consciente siempre de lo efímero de la representación.

No es extraño que Valle escribiera: «Al cabo logré despertar en mi desconocidas voces y entender su vario murmullo, que unas veces me parecía profético y otras familiar, cual si de pronto el relámpago alumbrase mi memoria, una memoria de mil años».

villanueva de arosa, nacimiento

En esta casa de Villanueva de Arosa, bella y sólida por fuera, hoy ruinoso por dentro, nació don Ramón. Era hijo de don Ramón Valle Bermúdez y de doña Dolores Peña Montenegro. Abuelos paternos eran don Carlos, natural de San Lorenzo de Andrés, y doña Juana, de Puebla del Dean. En estos nombres encontramos una serie de claves de la Galicia valleinclanesca. Ahí están ya los apellidos Bermúdez —Torre de Bermúdez— y Montenegro, este último muy querido por don Ramón y adjudicado al más famoso y significativo de sus personajes literarios: don Juan Manuel Montenegro. Ahí están también los lugares que, con su nombre auténtico o cambiado, conforman el ámbito geográfico de la Galicia de Valle. Villanueva de Arosa nos sitúa en la Ría visceral de las alusiones marineras. Puebla del Dean es la inspiración de Viana del Prior. Y en San Lorenzo de Andrés, varias veces citado por el escritor, está el pazo de Rúa Nova, con la capilla de «Romance de Lobos».

En Villanueva no hacían más que hablarnos de la hermosa casa de los Camba, nacidos en Villamayor, un pueblecito unido ya a Villanueva. Quizá creen que los Camba son más importantes que Valle. Quizá recuerdan que Julio Camba colaboró hasta el fin en «ABC», mientras guardan de Valle un viejo recuerdo de extravagancias. Puede ser, simplemente, que la casa de los Camba sea magnífica. Sin embargo, Villanueva de Arosa no será una ciudad cabal mientras no sepa que Valle fue uno de los más grandes españoles de nuestro tiempo.

La casa de Valle no pudimos verla por dentro. Tras la puerta entornada, los ojos huidizos de la ocupante —una cuñada de Carlos, el hermano de don Ramón— nos cortaron el paso. «Está en ruinas. No se puede pasar. Yo apenas conocí a Ramón, pero su hermano Carlos, el notario, valía bastante más que él».

En el patio sí pudimos entrar. Bajo un árbol hay una gran mesa de piedra. Un nogal, un tejo, un magnolio, un castaño, una parra, sombrean aquel gran caserón envejecido, donde pasó Valle parte de su infancia. Septiembre ha llenado el suelo de hojas amarillas. Cerca está el puerto, con las barcas sobre la tierra en las largas horas de marea baja...

el cementerio de cambados

Me enseña la carta Carlos Valle Inclán, uno de los hijos del escritor. Está fechada en Cambados, el 2 de octubre de 1914, y dirigida a Ortega y Gasset. «La casa se me viene encima y tampoco quiero, por ahora, volver a Madrid, donde nació mi niño hermoso que se me murió. Quisiera ir a Italia».

Cambados es la ciudad triste de la vida valleinclanesca. «¿Dónde vivió don Ramón?», hemos preguntado. En Cambados nos mandaban a la casa de don Ramón Cavanilles, el poeta gallego. «No, no, nosotros preguntábamos por Valle».

Dimos con la casa —Calle Real, número 1—, en cuya fachada colocaron, hace dos o tres años, una inscripción junto a la silueta en bronce del escritor. Un poco más adelante está el Palacio de Fefiñanes, escondido bajo otros nombres en muchas descripciones de Valle. Frente al inmenso palacio, en la gran plaza, juegan los chavales que suben de la playa del Pombal, la misma donde empezó la muerte de Joaquín María del Valle Inclán, el niño hermoso de don Ramón. Preguntamos a uno que ha dejado de seguir a la pelota:

- ¿Sabes quién era Valle Inclán?
- ¡Claro!
- ¿Quién era?
- ¡Un gallego!

Nuestro guía nos acompaña al cementerio. Está en lo alto, en las ruinas románicas de Santa María, un templo del siglo XV. Quedan en pie los arcos, descubiertos, limpios, apoyados en los muros verdeados por el musgo. Casi todos los enterramientos están fuera del solar de la iglesia. Dentro, entre las escasas losas, hay una en que se lee: «Joaquín María del Valle Inclán. 28 de mayo-28 de septiembre. MCMXIV».

Entran algunas gentes en el cementerio. Se arrodillan frente a las tumbas, bajo las sombras de los ár-

Cerca de Cambados, al lado de la carretera, encontramos este crucero. Su sorprendente y fantástico realismo hacía pensar en la prosa de don Ramón.



VALLE-INCLAN

boles, cerca de los arcos románicos, con el mar a sus espaldas. Aquí concluye el viacrucis que tanto afectó a Valle: la muerte del primero y por entonces único de sus hijos varones.

A la salida de Cambados nos detenemos junto a un viejo crucero. Es de un realismo minucioso y terrible. Las pezuñas de una serpiente monstruosa, los colores de las figuras, el hilo brillante que va del costado de Cristo al cáliz, todo está ingenuamente acabado. Si Baroja tuviese que describir este crucero, es seguro que le saldría, ¡aún a él!, una prosa valleinclanesca.

romance de lobos

Salimos de la carretera general para meternos por un mal camino. Llegamos a un cruce, lindante con un pazo. En la misma esquina se levanta una torre con su escudo heráldico.

—¿Es esta Rúa Nova?

—Sí. Pero está todo dividido. Mejor entrarán por el otro lado, llamando en la puerta vecina a la capilla.

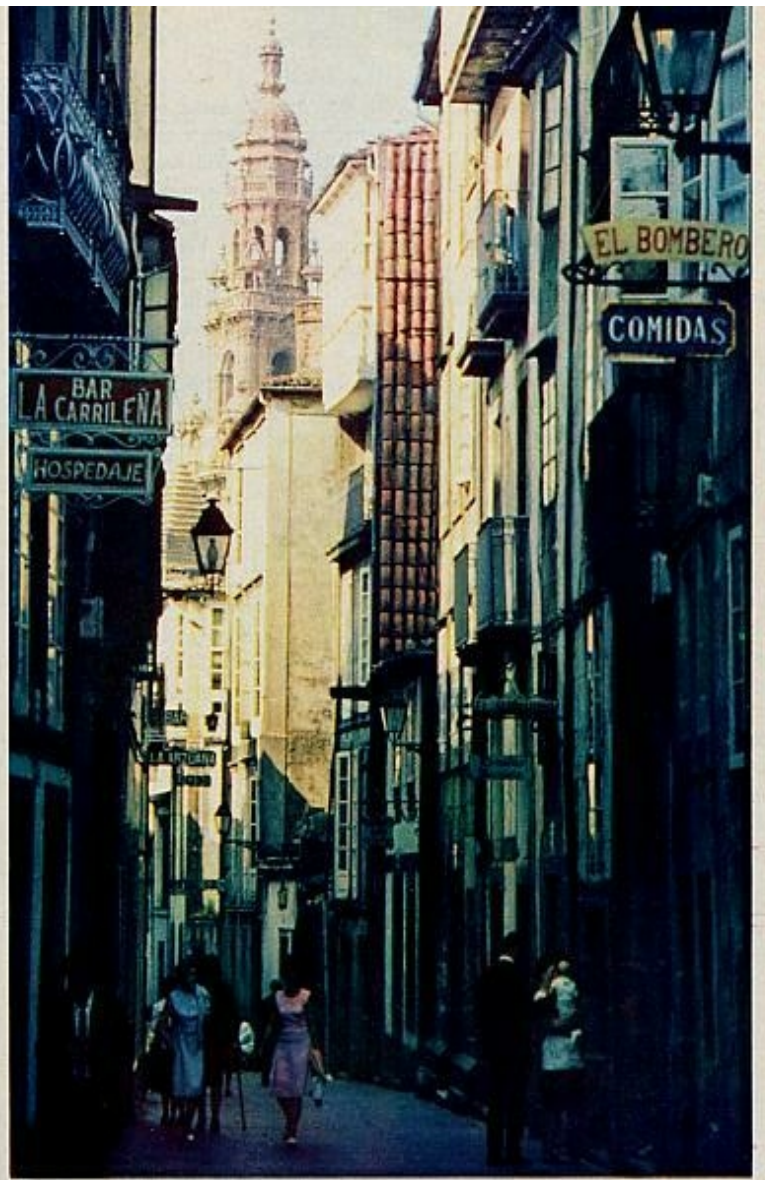
Para estos campesinos el nombre de Valle Inclán no es nuevo. No han leído nada suyo, pero han oído hablar de él. Uno asocia a Valle con las historias de brujas: «Cerca está el río donde dicen que se reunían las meigas».

Lo cuenta Valle en una serie de acotaciones de «Romance de Lobos»: «Cuando de nuevo se atreve a mirar, la procesión se detiene a la orilla de un río, donde las brujas departen sentadas en rueda. Por la otra orilla va un entierro. Canta un gallo». Son leyendas que él oyó en Rúa Nova, donde pasó largas temporadas y a cuyo pazo debía referirse cuando escribió: «Atajábamos la Tierra de Salmés, donde otro tiempo estuvo la casa de mis abuelos y donde yo crecí desde zagal a mozo».

Llamamos en la puerta que nos han indicado y nos abre don Angel Valle, hijo de un primo de don Ramón. Nos metemos en el jardín de árboles frutales, emparrados —esa parra que nunca deja de citar Valle en las casas de don Juan Manuel Montenegro—, una fuente —aquel retiro, donde mirtos seculares dibujaban los cuatro escudos del fundador en torno a una fuente abandonada— y la cercanía de un bosque de laurel. Allí están, medio tapados por las ramas, las figuras de don Miguel del Valle Inclán, el fundador del Pazo, soldado en la conquista del Perú, y la de su

SIGUE

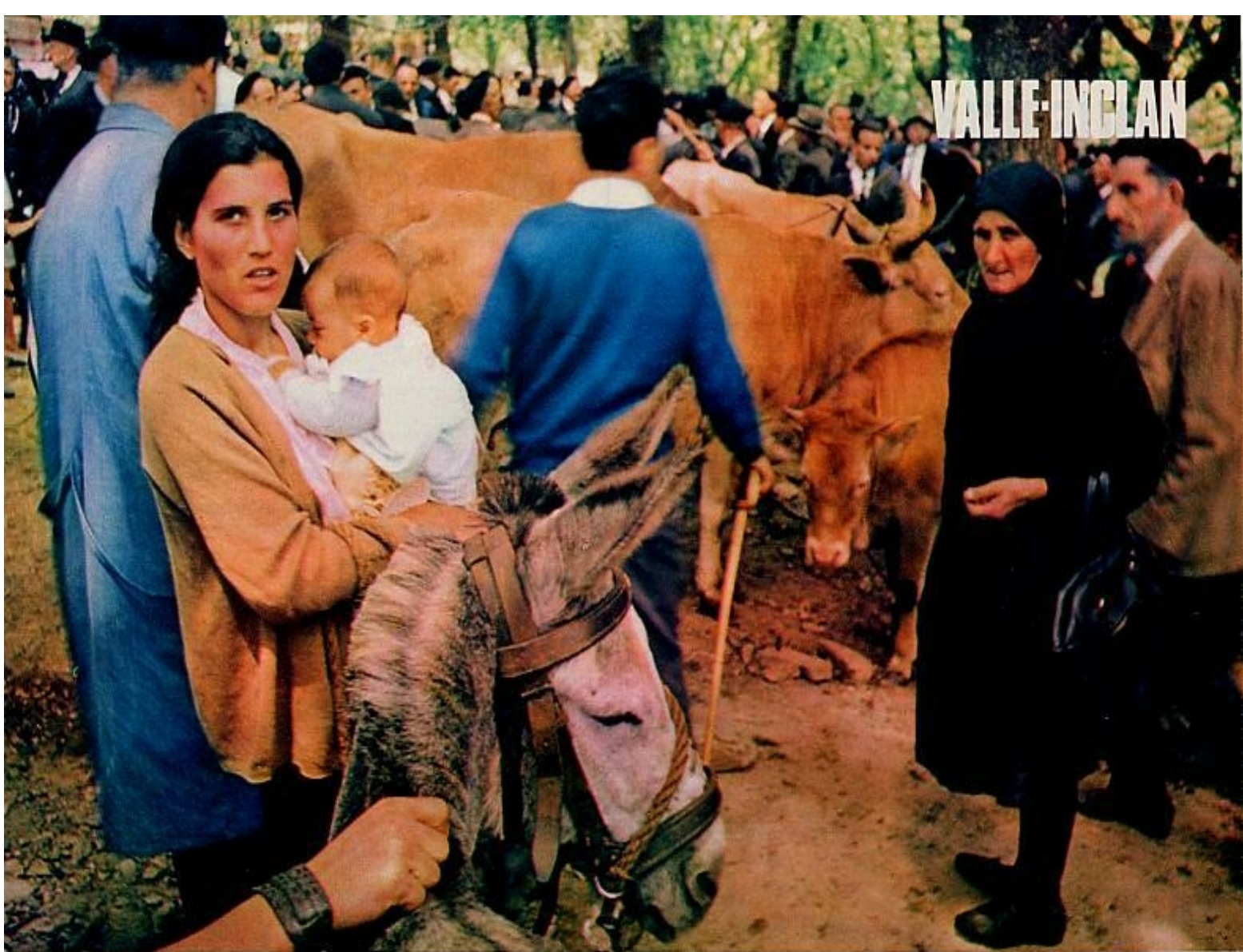
Villanueva de Arosa. La casa donde nació, hace cien años, don Ramón del Valle Inclán. A la derecha, la calle compostelana en que vivió el escritor durante sus años universitarios. Imágenes ligadas a un tiempo



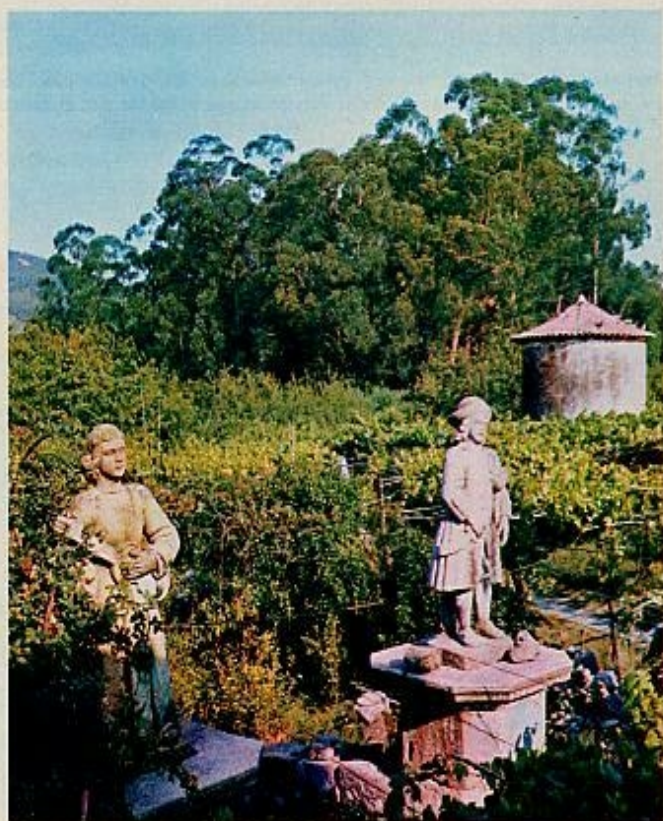
Playa de Puebla del Caramiñal y ria de Arosa. Dos temas entrañablemente incorporados a la obra de Valle, cuya Galicia tuvo aquí su centro y su razón fundamental.



VALLE-INCLÁN



En la Feria de Santiago, bajo las copas de los árboles, había muchas parejas que recordaban a compadres y Mari-Gallas. Cerca andaban los tenderetes de monstruos.



Rúa Nova: allí están, medio tapados por las ramas, las figuras de don Miguel del Valle Inclán, el fundador del Pazo, soldado del Perú, y la de su esposa.



En la vieja farmacia de don José Tato, donde Valle solía ir de tertulia en sus tiempos, casi siempre duros, de Caramiñal. La farmacia sigue como entonces.

VALLE-INCLAN

esposa. La casa, de altos techos, está en angustiosa decadencia. Sus ocupantes me dicen:

—¡Quién arregla nada, si todo está pendiente de nuevas divisiones! ¡Si hasta hay herederos que quisieran vender los pocos santos de la capilla y repartir el dinero! Cuando estuvo aquí don Ramón, las cosas ya andaban muy mal...

—La capilla se abría al público todos los años el día de San Miguel, en que se celebraba Misa. Hará unos diez años que se interrumpió la costumbre.

Ya estamos en la capilla. Los hijos de don Juan Manuel Montenegro no han dejado casi nada. Bien hacía el caballero en reclerarse esta lucha entre los lobos de su dinastía. Quedan aún algunos Cristos de proporciones grotescas, con rizos sobre la frente y grandes bigotes de granadero. La tribuna, sobre cuyo barandal se doblaba Farruquiño, está carcomida y ruinoso. El Arcángel tutelar de la capilla, a quien un día quitara el seminarista su espada de plata, tiene ahora arma de madera; a sus pies está «aquella cabeza de moro negro, que saca la lengua de sierpe al ser aplastado por las angélicas plantas». En esta capilla semiderruida, de figuras deformes, está la sustancia de «Romance de lobos». De aquí sale ya, durante la primera juventud de Valle, un vaho esperpéntico, una inspiración granguinelesca, una visión agónica de la historia.

La fachada —balcón único frente al crucero— de la casa y la capilla se ciñe rigurosamente a la acotación vallecianclanesca: «Don Juan Manuel llega por el camino aldeano, de verdes orillas (...) Con el andar desfallecido, llega a la puerta y pulsa. Apoyado en la jamba, espera. Los mendigos y los criados se agrupan detrás, todos en un gran silencio. El Caballero vuelve a pulsar en la puerta, y acompaña con grandes voces los golpes de su puño cerrado. Ante la puerta hostil y cerrada se levanta, como un oleaje, el vocerío de la hueste mendicante y los viejos criados despedidos de la casona. De pronto cesa el clamor. Espantados de sus voces, mendigos y criados oyen en un gran silencio el descorder los cerrojos de la puerta: se abre rechinando, y, sobre el umbral, como una sombra de malas artes, aparece Andreiña. Al mismo tiempo asoman con bárbara violencia los cuatro segundones en aquel balcón de piedra que remata con el escudo de armas».

Me dice Angel Valle que el Pazo estuvo prácticamente abandonado durante los años siguientes a la muer-

te del fundador. Y que luego vinieron los grandes pleitos de familia. Vivir en Rúa Nova es preguntarse continuamente por un pasado de grandeza. Es sentirse al final de un tiempo que se cierra sin continuidad lógica. El Pazo explica muy bien aquellas palabras de Bradomin: «Después de haber vivido como yo he vivido, se está siempre con los ojos vueltos hacia el pasado». Sólo que tratándose de un escritor, nacido en el ámbito de una vieja familia aristocrática, años después del último mayorazgo, mirar hacia atrás era tanto como poblar la escenografía crepuscular de su infancia y primera juventud.

Entre el Valle gallego y el Valle madrileño y esperpéntico no existe, pues, ninguna incompatibilidad. La diferencia está en que, en el primer caso, imagina la historia y, en el segundo, la vive. Pero siempre, sea en Galicia o en Madrid, bajo el estímulo de realidades próximas, tangibles, contundentes. Valle llegó al crepúsculo de España desde la palpable agonia de los antiguos mayorazgos de su tierra.

pontevedra

Pontevedra es, en términos generales, la ciudad antipática de la biografía de Valle. Los biógrafos hablan de las dificultades de un escritor incipiente en la atmósfera de una capital de provincia. Valle cuadraba a las Tierras de Salnés, pero no al marco puritano y conservador de una ciudad como Pontevedra. Sin embargo, en la tertulia pontevedresa de Jesús Muruais sería donde oíría hablar por primera vez de Barbey d'Aurevilly y de D'Annunzio.

A esta tertulia de Muruais —establecida en su casa, la Casa del Arco— suelen dar los críticos de Valle una gran importancia. Allí estaría el secreto de su modernismo literario. Yo intuyo, sin embargo, que esto es falso. Si Valle sacó de aquellas reuniones nombres y guías para sus lecturas, es porque en todo ese material encontró sugerencias estéticas, que cuadraban perfectamente a su mundo de infancia y juventud. Valle, el Valle de Tierra de Salnés, imaginador entre recuerdos y soledades, no podía ser jamás un escritor de talante naturalista. D'Annunzio, Rimbaud, o Barbey d'Aurevilly, le remitían a un tipo de realidad excepcional que respondía a las suscitaciones de los pazos ruinosos, los escudos y las leyendas de fa-



La Torre de Bermudo, en Puebla del Caramiñal. Perteneció al antiguo mayorazgo de los Montenegro. Ya ruinoso, fue vendido por don Ramón y sus hermanos.



Cementerio de Cambados, en las ruinas románicas de Santa María. Aquí está enterrado el primogénito de Valle, desesperadamente llorado por el escritor.



Finca de «La Merced», a la salida de Puebla del Caramiñal. Valle, agobiado por dificultades económicas, había decidido huir de Madrid y vivir de la agricultura.

milia. Para Valle imaginar no equivalía a mentir. Se trataba de una forma de realismo determinada por su medio ambiente.

Por ello no tiene nada de extraño que quien empezó, en la Casa del Arco, junto al gran magnolio de su jardín, por admirar y seguir a los modernistas acabara tirándose a las peligrosas arenas históricas del Ruedo Ibérico. Nuevas y habitadas realidades ocupaban ahora el sitio de los vacíos caserones.

viana del prior

También en Caramiñal —unida a Puebla del Dean para formar Puebla del Caramiñal— creían que andábamos detrás de otro escritor: Victoriano García Martí. «No, no, nosotros queremos saber cosas de Valle Inclán». Y nos contaron cosas.

—Valle estaba loco. Tiraba los folios que escribía y su mujer, una actriz, los recogía y guardaba. Aquí vivió mal, con muchas apreturas económicas. Algunos le tuvieron que ayudar. Primero se instaló en Villa Eugenia, cerca del Ayuntamiento. Luego se fue al Pazo de la Merced.

—Ya no quedan Montenegros. El apellido anda en tercer y cuarto lugar. Unos emigraron, otros murieron sin hijo varón. Luduvina Montenegro, que vivió donde hoy está el Café la Artística, fue una de las últimas. Creo que dejó la casa a una sirvienta o a una ahijada...

—Hace algún tiempo nos mandaron de Pontevedra un busto de don Ramón. Estuvo en el Ayuntamiento mucho tiempo, hasta que el alcalde decidió colocarlo en la Curutiña, el monte a donde el escritor subía con alguna frecuencia. Pues bien, al descargarla, ya en lo alto del monte, se nos soltó sin que hubiera forma de detener la caída. Rodó bastantes metros por la pendiente, y donde se paró allí la hemos puesto.

A la Curutiña se llega por una carretera mordida por los tractores y las carretas de bucyes que transportan los pinos. Se pasa por delante de la Virgen de Maudes, una terrible figurilla. Pronto empieza a verse toda la ribera de la Ría. El barquito que va de Villagarcía a Caramiñal, en cuya travesía fantaseaba Valle que había nacido, es un punto apenas mayor que los mejilloneros. Saliendo del camino, entre peñascales, seguimos la ruta de aquella cabeza rebelde que se fue monte abajo. Donde se plantó, donde ahora está, con la

nariz rota y el aire combativo, es el sitio justo para un monumento del nunca académico don Ramón. Tiene su Galicia al pie y cuesta llegar hasta él...

Cerca está el pico de la Curutiña, desde donde se domina todo lo que un día se creyó el fin del mundo: la ría de Muro, la isla de Sávora y el cabo Finisterre, con sus bajos rocosos que llaman de la Muerte. Hay aquí arriba caballos salvajes y pinadas quemadas por los que no aceptan que sean del Patrimonio Forestal, habiendo sido tanto tiempo comunales. Una gran piedra, abrigo de vientos, situada en el sitio más estratégico, es la Piedra de Valle Inclán. Allí se sentaba con frecuencia el escritor. Y allí se fechó un homenaje, sin que el tiempo haya dejado huellas de la inscripción.

En Caramiñal visitamos la vieja farmacia de don José Tato, nieto de don Santiago, el farmacéutico amigo de don Ramón. Aún están los bancos blancos, casi íntegramente des pintados, en los que diariamente se sentaban García Martí, Díaz de Rábago, Santiago Tato, Julio Camba, don Ramón y algún otro contertulio. A veces, cuando hacía bueno, la tertulia se plantaba en las puertas de la farmacia, y don Ramón, según dicen, piropeaba salvajemente a las muchachas.

Valle venía de La Merced con su poncho mejicano montado en un burrito. Otras veces le traía el cochero de los Llamas, dueños de La Merced. Nos lo cuenta Carmiña Porteiro, la prima del actual farmacéutico:

—Aquí Valle lo pasó muy mal. No tenía dinero. Creo que vivía en La Merced sin pagar, como si fuera su casa. Recuerdo que era un hombre con mucha fantasía y que en las tertulias apabullaba a todo el mundo.

los montenegro

Tres hermanos: María, Manuela y Juan. Llevan el apellido en cuarto lugar. Ellas han sido maestras; él ha trabajado en un Banco. Viven en un gran caserón ruinoso, de cristales rotos. Son amables, hospitalarios, y tienen en la mirada una desconcertante quietud, un ensimismamiento patético. Las hermanas están algo gordas y hay que gritar para llevar la conversación adelante:

—Benito Montenegro, nuestro bisabuelo, fue el último mayorazgo. La abuela, Lina Montenegro, pleiteó ya con sus hermanos. SIGUE



Haga revivir
su piel con

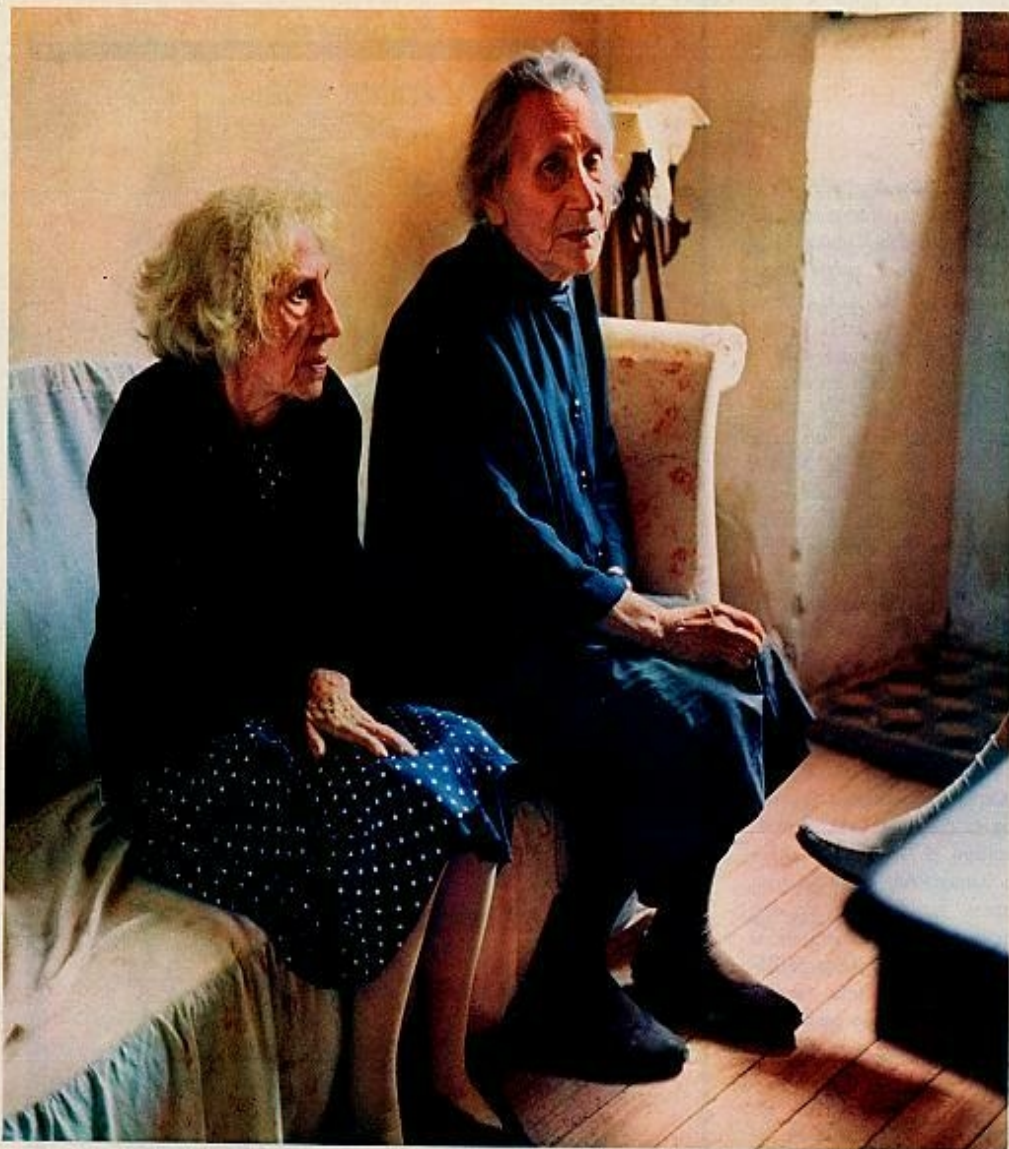
CRÈME
VIVANTE

A BASE DE CELULAS
VIVAS ESTABILIZADAS



LANCASTER

LOS TRATAMIENTOS DE BELLEZA QUE DETIENEN LA MARCHA DEL TIEMPO.



María y Manuela, hermanas, descendientes del último mayorazgo Montenegro, vecinas de Caramiñal. Y el Monasterio de Armenteira, del XII, donde ocurrió, según la leyenda, el milagro del santo varón Gundián, versificado por Valle.



La tumba de Valle, en el cementerio de San



VALLE-INCLAN



La casa donde vivió el Montenegro que inspiró a Valle su «Cara de plata». Un inmenso caserón en patética decadencia.



Las ruinas del Monasterio de Armenteira, a cuya reconstrucción se aplica una asociación, de la que forma parte Carlos, el hijo mayor de don Ramón. Abajo, el bello crucero de Ribadumia.



tiago. Ocupa, desde hace poco, un lugar de privilegio, a la sombra de magnolios y cipreses.

cuando hay
dos juntos...
¡es
"Espléndido"!



si uno es
bueno,
el otro
es
mejor...



Garvey
JEREZ

¡SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY!

VALLE-INCLAN

Ella fue la que vendió Colo de Arca, de donde sacó Ramón su «Cara de Plata». Ramón era un extravagante, pero era un genio.

—Yo trabajé en el Banco de Vigo, aquí en Puebla de Caramiñal, que quebró. Ayudé mucho a don Ramón a retener letras, obtener créditos y todas esas cosas.

Hablan con ojos traspuestos, abiertos a realidades invisibles. «Mi primo Augusto, el millonario». «El Montenegro que se fue a La Habana». «Cuando la abuela vendió Colo de Arca». Etc., etc. Todos tienen, sin saberlo, una chispa de locura valleinclanesca.

(Luego, en Cuba, he sabido del emigrante Carlos Montenegro. Homicida, preso, escritor, millonario, batistiano, son los tramos de un increíble y violento itinerario.)

«cara de plata»

Valle había escrito en su primera etapa «Aguila de blasón» y «Romance de lobos». Muchos años después —1923—, tras su segundo viaje a Méjico, escribió en Caramiñal «Cara de Plata», argumentalmente la primera de las tres Comedias Bárbaras.

«Cara de Plata» transcurre en Colo de Arca, un pazo situado en las afueras de Caramiñal. La casa —hoy propiedad de un industrial maderero— es de dos pisos. Falta parte del tejado. Y sus terrazas se abren, una sobre los bosques de laurel y de pinos, la otra sobre el lado de la Ría. Los frutales sombrean la que debió ser entrada de la servidumbre. Un gusto exquisito resulta evidente en los rasgos de aquel enhiesto esqueleto. En el gran comedor crepuscular anda por los suelos la fotografía de un caballero de largos mostachos, firme en su silla de montar, con la mirada alzada, quién sabe si uno de los últimos Montenegro. Por la finca, enorm., cruza el camino que, según la leyenda recogida por Valle, no dejó atravesar el vinculero ni a los mendigos ni al Abad con el viático. «Por aquí no pasa ni Dios», asegura la leyenda que dijo el auténtico Montenegro de Colo de Arca.

la merced

Dos hijos de Valle nacieron aquí. Aquí ensayó la agricultura. Está la casa —en Madrid diríamos el pa-

lacio— sobre una pequeña playa, apenas separada por la carretera. La Merced tiene escudo y ermita. Detrás del edificio comienza el bosque de eucaliptus. Delante, cerca del solemne arco de entrada a la finca, se alza el crucero.

Todo está cerrado y desportillado. Es una hermosísima casa olvidada y acongojante, cuyo silencio llenan los ecos de una fuente.

«divinas palabras»

«Iglesia de aldea sobre la cruz de dos caminos, en medio de una quintana con sepulturas y cipreses. Pedro Gailo, el sacristán, apaga los cirios bajo el pórtico». Esta es la primera acotación de «Divinas palabras». Este podría muy bien ser el mundo de la iglesia de Ribadumia, adonde nos ha llevado Carlos, el hijo del escritor. Aquí están, en efecto, todos los elementos. La casa de Mari Gaila y el sacristán, la iglesia, el cementerio y la gran plaza adonde

En el pazo de Rúa Nova, está la capilla de «Romance de lobos». Las imágenes, de trazos terriblemente acentuados, expresivos y deformes, encajan perfectamente en la definición valleinclanesca del esperpento literario.





hondísimo, quieto y verde, con llovizna y sol...».

santiago

Esta es la ciudad que acabó conquistando a Valle Inclán. Aquí pasó sus años de universitario, viviendo en la calle de las pensiones estudiantiles —la calle del Franco—, a dos pasos del Obradoiro; aquí comenzó a interesarse por la literatura; aquí pasó largas temporadas; aquí murió —el 5 de enero de 1936—, en el sanatorio del doctor Villar Iglesias; aquí está enterrado. «De todas las rancias ciudades españolas, la que parece inmovilizada en un sueño de granito, inmutable y eterno, es Santiago de Compostela», escribió don Ramón.

Estuve en la ciudad el día del Apóstol. Hablé con el limpiabotas de Valle; otros muchos recordaban al escritor viejo y manco, extravagante y moribundo. Luego me fui al ferial de ganado, que se celebra en el bosque de robles. Corría el dinero y abundaban las Mari Gailas campesinas. Cerca se alzaban las barraquitas de tiro al blanco, los puestos de pan, los corros alrededor de incansables charlatanes vendelotodo. Había también dos lugares dedicados a la explotación de la monstruosidad. En uno, no sé qué mago prometía cortar la cabeza a una rolliza muchacha; y, más aún, pasar la cabeza seccionada de mano en mano. En otro, la Vaca Juanita, «animal raro», con más de cuatro patas, sacaba el dinero a la cola de embobados campesinos. Uno pensaba en seguida en el carrutón de «Divinas Palabras», y en las ferias de la sacristana... El polvo y el ruido eran terribles. Aquella era una feria para adultos, para gentes del pueblo que tocaban en Santiago el dinero de la venta del ganado, en nada semejante a las ferias tranquilas de nuestra pequeña burguesía.

Estuve, finalmente, en el cementerio de Boisaca. Es el cementerio general de Santiago. Debiera ser el único, si las familias más pudientes no tuviesen ricos panteones en el antiguo y en el de la sociedad El Rosario. Como Valle no era un hombre rico, lo enterraron aquí, en Boisaca. Primero, en un ángulo del cementerio. Desde hace poco, y quizá al tiempo que subía su prestigio de escritor y se olvidaba un poco su biografía, en un lugar de privilegio, a

(Pasa a la pág. 73)

llevarían a la mujer tras sorprenderla con el compadre Miao en los cañaverales del Umia. Aquí está materializada la increíble síntesis vallecianesca. Cerca de una piedra, que quizá sirva para depositar los ataúdes en la última bendición, hay un estrado que tiene todo el aire de pequeño escenario para la música de los días de fiesta. La iglesia —con la placa de homenaje al emigrante que protegió a la aldea— está bordeada de lápidas, entre las que andan tranquilos los niños. A unos metros, pasta el ganado. Y es seguro que la fruta de los árboles que bordean el cementerio será una fruta más, sin ascos ni distingos. Hay, incluso, una muchacha enana que pone el acento exacto en la unidad vallecianesca.

Guardémonos de la tontería de decir que la naturaleza imita al arte: fue Valle quien tuvo aquí sus raíces.

aromas de leyenda

Valle versifica la leyenda de San Gundián en «Estela de prodigio»:

«Padre de la barba florida por tres siglos de santidad desde que oíste al ruiseñor primaveral y celestial...»

El milagro, según la leyenda, sucedió en el Monasterio de Armenteira, del siglo XII. San Gundián quiso saber lo que era la eternidad y Dios lo tuvo en éxtasis durante tres siglos, tiempo que pasó como un canto de ruiseñor. El monasterio, ruinoso y abandonado durante muchas décadas, va siendo hoy reconstruido lenta y tenazmente. Ya hay salas renovadas. Y la iglesia, de curiosa cúpula caídal, está abierta al culto. Pero domina y dominará por mucho tiempo el signo que imponen los grandes muros cuarteados y rotos de la vieja estructura, en mitad de los senderos verdes de la Tierra de Salnés. «Quedé cautivo, sellados los ojos por el sello de aquel valle



EDITORIAL NOVA TERRA

Cinco libros religiosos elaborados en el país por hombres que viven y comparten nuestra misma problemática y que, acuciados por las exigencias de su compromiso y su acción, sumergidos en la «circunstancia», se lanzan al análisis vital de unos problemas que nos inquietan profundamente a todos... Y

Una traducción. No otra traducción más; la versión castellana de un libro con vigencia universal, que cruza la gran frontera de las «verdades» adquiridas y se lanza, camino abierto, hacia el riesgo de los nuevos horizontes...

colección «el hombre nuevo»

20. SOCIALISMO Y CRISTIANISMO

Cardonnel, Domergue, Chaigne...

«Queremos servir a la verdad del hombre y a la del cristianismo —dicen los autores—, y el socialismo nos parece el medio de llevar a buen término esta tarea. No queremos que los cristianos sigan apostando a la carta de un sistema, el capitalista, congénitamente inhumano y materialista... Llegamos a la opción socialista por motivos misioneros».

21. LA CRISIS PERMANENTE DE LA ACCION CATOLICA

José Antonio Díaz

«El libro de J. A. Díaz es un grito, profundamente religioso, lanzado desde el mismo corazón de la base obrera y desde la más honda y seria reflexión teológica. Es el clamor de una juventud madura. Es el vigor de una nueva raza profética...» (Del prólogo de J. M. González Ruiz.)

22. POBREZA EVANGELICA Y PROMOCION HUMANA

José María González Ruiz

En la honda tensión que se produce entre la pobreza evangélica y el inaceptable escándalo de la pobreza sociológica, se halla la potencia revolucionaria capaz de realizar la verdadera promoción humana. Un auténtico tratado de «teología bíblica de la pobreza».

colección «1966 tiempo de concilio»

2. DECRETO SOBRE EL APOSTOLADO SEGLAR, ¿PERVIVENCIA DEL CLERICALISMO?

El texto del Decreto con introducciones, comentarios y notas de J. Bertrán, Alfonso C. Comín, M. Juncadella, E. Miret Magdalena, J. L. Martínez, Conchita Paracolls y A. Hortet. Según la revista «Iris»: «... el estudio más vivo, más inquieto sobre el tema hecho en España. Con referencias prácticamente desconocidas».

3. FE, LIBERTAD Y RELIGIONES NO CRISTIANAS

Textos de las Declaraciones sobre Libertad Religiosa y sobre las Relaciones de la Iglesia con las Religiones no Cristianas, con introducciones, notas y comentarios de Casimiro Martí, José Bigordá, José M. Rovira-Bellosa, Jorge Sánchez-Bosch y Alfonso C. Comín. Una auténtica vivisección crítica de las Declaraciones.

4. LOS NUEVOS CATOLICOS

Enrique Miret Magdalena

Una obra en la que el combativo colaborador de la revista TRIUNFO, secretario general de la U.N.A.S., y católico militante de primera línea, descubre las exigencias que los «signos de los tiempos» plantean a los cristianos. Una obra valiente, dura y conscientemente crítica, que ha de producir una honda sacudida en las conciencias de los hombres de hoy.

PIDALOS A CUALQUIER LIBRERIA IMPORTANTE, O BIEN A EDITORIAL NOVA TERRA, Baños Nuevos, 12. Barcelona-2.

VALLE-INCLAN

(Viene de la pág. 45)

la sombra de dos magnolios, un cíprés y tibias flores. Sobre su tumba, sólo una gran piedra negra, quién sabe si traída de la agreste Currotiña de su juventud. En la piedra, las incisiones de una cruz, y unas letras: «Valle-Inclán».

Nos dice el sepulturero:

—Esto era un bosque. Pero hace aproximadamente un año se decidió talar los árboles. Quizá se lleven a Valle a la misma iglesia donde está enterrada Rosalia. Todos dicen que era muy importante.

hacia madrid

Aquí concluye el itinerario de la Galicia valleinclanesca. Pienso que sólo ahora podemos plantearnos la aproximación al Valle madrileño y combativo, permeable a las actitudes del 98, autor fundamental él mismo dentro de esta Generación, observador atento de los cataclismos históricos de su época, entre los que la Revolución Rusa del 17 y la Guerra del 14-18 ocupan un lugar destacado.

Quizá ahora podremos liberarnos, con conocimiento de causa, del desapego con que sus contemporáneos o biógrafos han tratado el histrionismo del escritor. Quizá ahora no llamemos esteticismo y fantochada a lo que tiene un origen real, un ámbito específico y concreto. Quizá convengamos en que no fue pura infula de aguafiestas el que don Ramón dijese que no a tantas cosas y estuviese más de una vez en las Comisarias de Policía. De Bradomín a Max Estrella hay un itinerario coherente; al fin y al cabo, Roquito, el sacristán guerrillero, patético y esperpéntico defensor del carlismo, andaba ya por la literatura valleinclanesca mucho antes que Max Estrella ingresase en los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

La «inadaptación» de Valle a la sociedad española de su época, el desequilibrio del escritor, su desmesura, su patetismo, están ahí: en que todas sus raíces se clavan no en el progresismo de la pequeña burguesía ni en las líneas ideológicas de los nuevos movimientos obreros, sino en una sociedad vieja, agotada, que encuentra en él a su más lúcido y hermoso rebelde.

J. M.

(Reportaje en color y negro de GIGI CORBETTA.)

5.ª SEMANA
EN
ASTORIA - CRISTINA
(Barcelona)

Y

AHORA TAMBIEN EN
GRAN VIA - CANCELLER
ESPAÑOLETO
(Madrid)

¡HUMOR QUIMIGAMENTE PURO CON EL FABULOSO PIERRE ETAIX!



¡UN EXITO COLOSAL EN PARIS! ¡UN TRIUNFO INENARRABLE EN SAN SEBASTIAN!

¡AHORA, UNA BOMBA COMICA EN TODA ESPAÑA!